

día apagar los fuegos de la enemiga, y practicadas varias espaciosas brechas en la tapia mencionada, formaron las columnas de asalto, dos de las cuales, una por la derecha bajo el general Habert y otra por la izquierda con el general Grandjeán, se lanzaron al asalto con el grito de *Viva el emperador!* Los españoles, que no libraban su defensa en la resistencia de un muro desnudo de bastiones y terraplenes, sino más bien en sus calles y casas, llenas aquéllas de tropiezos y éstas de troneras, esperaban á nuestros soldados al otro lado de las dos brechas y los recibieron con una lluvia de balas al punto que las atravesaron. La columna de la derecha, más afortunada, penetró la primera, y arrollando cuantos obstáculos se oponían al progreso de la izquierda hacia la puerta del Carmen, la ayudó á penetrar también. Arrostrando después las descargas que se le hacían desde las casas se posesionó de la calle de Santa Engracia, que bajaba perpendicularmente hacia el *Coso*, objeto principal de nuestra embestida. Cortábanla tres grandes barreras defendidas con cañones, que nuestros soldados en su arrebatado ardimiento tomaron por asalto, cogiendo trece piezas, matando á los españoles que las servían, desembocando en el *Coso* y juzgándose ya dueños de la ciudad. Quedaban empero á sus espaldas los sublevados, paisanos y frailes unos y soldados de línea otros, atrincherados en las casas y resueltos á entregarlas á las llamas antes que abandonarlas; y había por consiguiente que volver para sacarlos de ellas antes de establecerse en el *Coso*. Esto fué lo que hicieron los nuestros, batiéndose de casa en casa, perdiendo gente para tomarlas y vengándose cuando esto se lograba con matar á los que habían hecho fuego.

La columna de la izquierda tropezó con un grande obstáculo: tenía que pasar por el convento de carmelitas, que era un espacioso edificio con su foso, en el que estaba al acecho una buena parte de tropa dirigida por jefes experimentados como en un campo atrincherado. Fué preciso tomar el convento desplegando bastante ímpetu y resignándose á muy considerables pérdidas, y hecho esto hubo que seguir el mismo sistema que había empleado la columna de la derecha, de irse batiendo por las casas, mientras la artillería continuaba lanzando bombas y granadas que pasando por encima de nuestros soldados castigaban y asolaban la ciudad. Duraba este horrible combate desde la madrugada con increíble encarnizamiento, cuando nuestros soldados cansados empezaron á diseminarse por las casas que habían tomado buscando los víveres de que carecían, y especialmente los vinos de que sabían estar abundantemente provistas todas las ciudades de España. Desgraciadamente encontraron en este merodeo interior el escollo de su bravura, porque la mitad de nuestras tropas quedó en breve postrada en la inacción y en la embriaguez. Inútiles fueron los esfuerzos de nuestros generales, heridos la mayor parte, para que no abandonasen el combate, ó por lo menos el cuidado de su seguridad personal; y en verdad que si los españoles hubiesen sospechado el estado en que se hallaban sus sitiadores, pronto les hubieran hecho arrepentirse del sangriento triunfo de aquel día. Hasta el día siguiente no fué posible renovar y proseguir la difícil conquista de Zaragoza casa por casa y calle por calle. Además de muchos oficiales heridos, entre ellos principalmente

los dos generales en jefe, Verdier y Lefebvre-Desnoettes, de un balazo en el muslo el primero y de una grave contusión en las costillas el otro, teníamos cerca de mil doscientos hombres fuera de combate, trescientos muertos y ochocientos ó novecientos heridos. Los dos regimientos veteranos 14 y 44 creyeron ver repetido en las calles de Zaragoza el tiroteo de Eylau.

Al día siguiente, no pudiendo el general Verdier por su herida continuar mandando las embestidas, Lefebvre-Desnoettes, que hacía sus veces, reunió las tropas dispersas por las casas, interceptó con barreras imitando el ejemplo de los sitiados las calles que habían quedado por nosotros con dirección al *Coso*, y resuelto á evitar todo lo posible el derramamiento de sangre, mandó emplear la zapa y la mina, creyéndose dispensado de miramientos con una ciudad que tanto maltrataban sus mismos naturales.

En este estado las cosas, llegó la noticia del desastre de Bailén, de la evacuación de Madrid y de la retirada general al Ebro, y nuestros generales y soldados, sobrecogidos por el pesar profundo de ver derramada inútilmente tanta sangre, tuvieron que abandonar una presa en que tanto se estaban cebando. El cuerpo de ejército de Zaragoza estaba destinado á formar en Tudela, sobre el Ebro, la izquierda de la nueva posición que los franceses iban á ocupar en España; enviáronse primeramente los heridos, después toda la artillería que podía transportarse, clavando la restante, y se emprendió la marcha, llenos los corazones de pesadumbre y los semblantes de tristeza, humillados nuestros valientes hasta el punto de tener que retroceder ante unos soldados que eran tenidos en poco á pesar de la obstinación que los paisanos y los frailes habían desplegado en las calles de Zaragoza. Regresaron á Tudela unos diez y seis mil hombres entre veteranos y bisoños ya fogueados, capaces todos de batir en acción campal á un número triple ó cuádruple de españoles (1).

(1) Es tan diminuta la narración del primer sitio de Zaragoza que hace Mr. Thiers, que creemos deber completarla con algunos hechos muy notables pasados en silencio, y que explican las ponderaciones que, según dice el señor Galiano en su *Historia de España* arreglada á la del doctor Dunham, daban y han seguido dando á la indudable heroicidad de los zaragozanos cierto carácter poético ó novelesco, y á su general Palafox el aspecto, pensamientos y hechos de un héroe fabuloso medio místico y medio caballero andante.

Aunque en esta historia se supone, al referir las infructuosas acometidas de los primeros días de julio, que para renovar los ataques esperó Verdier á que le enviasen los refuerzos y la artillería que había pedido, conviene advertir que durante el mes transcurrido desde aquellos días hasta el 4 de agosto en que volvió á bombardearse la ciudad con inaudita furia, no dejó de haber ataques parciales y reencuentros, embestidas, emboscadas y destrucciones, en que siempre sobresalieron la impiedad de los invasores y el espíritu religioso y patriótico de los invadidos. En todo este tiempo siguieron los dueños de las torres y olivares talando sus campos para facilitar las operaciones militares, y los franceses incendiando conventos y templos, y saqueando las casas particulares, contra el derecho de gentes establecido en los pueblos civilizados, que no consiente que tan bárbaramente se haga la guerra á la familia. El día 9 de julio, á las dos de la tarde, acometieron los enemigos por las cuatro puertas de Sancho, Portillo, Carmen y Santa Engracia, con ímpetu terrible, y habiéndose tocado la campana del reloj mayor (que era la señal de alarma convenida), acudieron los paisanos y tropa y se trabó una acción que duró hasta las siete de la tarde, de cuyas resultas quedaron los franceses desalojados de sus puntos. Al siguiente día incendiaron los fran-

En Cataluña había sido preciso encerrarse dentro de las murallas de Barcelona. El general Duhesme, que había procurado al principio comprimir la insurrección en el Mediodía de esta provincia para mantenerse en comunicación con Valencia, viendo que desde la retira-

ceses el convento é iglesia de Capuchinos, después de robar todos los objetos de algún valor, ¡mucho más bárbaros en esto que las hordas de Alarico, que al invadir la antigua Roma respetaron los templos del Crucificado! Volvieron á incendiarlo el día 11: pasaron después el Ebro, habilitaron su paso con un puente interino, y ocuparon casi toda la huerta hasta las inmediaciones del arrabal; pero los labradores y hacendados de las parroquias de San Pablo, San Miguel, la Magdalena y los mismos del arrabal, que vieron perdidas todas sus cosechas, solicitaron armas de Palafox para repeler á los enemigos, y obtenidas que fueron les dieron tan vigorosas acometidas que los pusieron en precipitada fuga. Animados con esto el pueblo y la tropa, emprendieron y lograron hacerles retroceder de todas las inmediaciones de la ciudad hasta Torrero, matándoles é hiriendoles el día 13 mucha gente. En estas salidas se distinguieron mucho los reos que habían obtenido de la sala del crimen licencia para ir á pelear, con su comandante Parias, llamado el *Corabés*, los cuales más quisieron morir que rendirse: hazaña de civismo, aunque hija de corazones por otra parte depravados, que basta por sí sola á caracterizar el espíritu y tendencia de la defensa nacional más gloriosa que ha presenciado el siglo. Intentaron los franceses el día 14 volver á pasar el Ebro, y nuevamente fueron repelidos: en su retirada incendiaron el lugar de Fuslibol y el puente de madera del Gállego, volvieron á su situación primera de Torrero y camino de la Muela, y dejaron todo el campo que habían ocupado enteramente asolado, vueltas cenizas las mieses, hechos humeantes escombros los caseríos. Prosiguiendo los franceses sus iniquidades, el 17 á las nueve de la noche llamaron por el punto del arrabal á parlamentar, en número de unos doscientos: fué avisado el general, y estando abiertas las pláticas acometieron de recio por todas las puertas del otro lado de la ciudad, tan repentina como furiosamente; mas apenas se oyó la campana del reloj mayor y la señal de batalla, les embistieron con tanto tesón los nuestros, que lograron después de un fuego de más de tres horas ahuyentarlos, matándoles más de trescientos, no habiendo habido por nuestra parte más que dos heridos: caso extraordinario, que fué reputado como milagro de la glorioso Patrona á cuyos pies tenían siempre costumbre de santificar las banderas y armas con que peleaban. Afojó la pertinacia de los sitiadores desde el día 19, dejaron de disparar proyectiles huecos, y se limitaron á hacernos el daño sin gran fatiga, ya cortándonos el agua de los molinos de pan y aceite, ya quemándonos algunos campos y mieses, ya disponiendo algunas emboscadas para sorprender á nuestras decubiertas; pero en los días 29 y 30 se trabaron dos encarnizados combates en los molinos de las Almas y en la Torre del Arzobispo, el primero contra dos columnas francesas, el segundo contra tres, en los cuales se cubrieron de gloria el coronel Butrón y el brigadier Torres y cuyo resultado fué quedar el enemigo repelido hasta más allá del Gállego, dejando el campo cubierto de cadáveres, heridos, armas y prendas de vestuario.

Lució el día 1.º de agosto poniendo á más dura prueba todavía la lealtad zaragozana, con nueva lluvia de bombas y granadas, y apretada escasez de víveres que ocasionaba alborotos, tumultos y daños en los despachos de pan y carne. Crecía no obstante el esfuerzo de los sitiados al compás de las injurias y de los padecimientos. Lograron los franceses meterse en los conventos de San José y de Capuchinos, y el día 3 desde las baterías colocadas en las inmediaciones de la ciudad rompieron el fuego de proyectiles huecos con tanta furia y acierto que nos causaron imponderable estrago en los edificios, señaladamente en el convento de San Francisco y en el Hospital general, donde las bombas y granadas que estuvieron cayendo todo el día mataron en sus camas á algunos enfermos, y del cual salieron los más imposibilitados en brazos y en parihuelas, llevados por los religiosos dedicados á su asistencia y la gente caritativa que se agolpó á libertarlos. El pueblo estuvo aquella noche en vela llenando la iglesia y la capilla de Nuestra Señora del Pilar, postrados ante las sagradas aras los inútiles para las armas, mientras toda la parte útil acudía á la defensa común.

Estos hechos, y otros muchos no menos memorables que omitimos, ocurrieron antes del día 4 de agosto, en que vuelve el historiador francés á tomar la interrumpida narración del primer sitio

de Zaragoza; pero en el modo de referir la embestida del día 4 también hay reticencias é inexactitudes. En este día, eternamente memorable para Zaragoza, continuaron los franceses el fuego con tanta rabia y empeño, que antes de las seis de la mañana ya habían inutilizado gran parte de las casas y conventos á que se hallaban más inmediatos, como el de Jerusalén, el de Santa Catalina y otros, cuyas religiosas tuvieron que salir precipitadamente y refugiarse en casas particulares, atravesando las calles llenas de ruinas, causando compasión á todo aquel valiente y generoso pueblo. Lograron penetrar en la ciudad á cosa de mediodía por las brechas que abrieron en el Jardín Botánico y en otros puntos, acometieron la tesorería general, de donde sacaron más de dos millones de reales, y entraron á saco las casas de los principales nobles y comerciantes, haciendo muchas muertes y cometiendo todo género de desacatos, cebándose en el oro, en la sangre, en la violencia. Pero en la plaza de la Magdalena, en la calle del Carmen y en la puerta del Portillo se trabaron sangrientas refriegas, de cuyas resultas tuvieron que cejar los vencedores de Eylau y de Dantzig, que ya se jactaban de enseñorearse en breve de la ciudad, dejando montones de cadáveres en las hogueras encendidas por los victoriosos zaragozanos. Sitiados y sitiadores peleaban con igual furia y ardimiento; pero aquéllos por la causa santa de su religión y su patria, y éstos como unos destructores, sin respetar edad ni sexo, ni los venerandos depósitos de la moral y de la fe, ni los sagrados objetos del culto. A pesar de su ardimiento no pudieron pasar del barrio del Carmen por la gran resistencia que se les opuso, y de los mil doscientos hombres que se supone entrarían en la ciudad, murieron más de las dos terceras partes, no acribillados desde las ventanas, sino acorralados y acuchillados en las calles, en lucha tremenda de hombre á hombre y cuerpo á cuerpo. Tomaron los franceses muchas casas, robaron mucho y mataron á mucha gente indefensa. (Un precioso documento que tenemos á la vista, debido á la fina amistad del duque de Zaragoza y que refiere todos los pormenores del sitio día por día, consigna los nombres de muchas víctimas de la barbarie francesa.) Mr. Thiers confiesa que se entregaron al pillaje y á la embriaguez; nosotros añadiremos que el letargo y la inacción en que supone quedaron no les impidió consumir actos de ferocidad y violencia que se resiste á trazar la pluma y que en los días siguientes, mientras Palafox y su hermano el marqués de Lazán cuidaban de proporcionar refuerzos de tropa á los sitiados, se siguió peleando noche y día en casas y edificios, trabándose en ellos reñidas lides, en las más de las cuales brillaron juntas todas las clases mezcladas del pueblo zaragozano. Allí se señalaron, juntamente con otras muchas personas cuyos nombres debieran haberse eternizado, el beneficiado Sas, el tío Jorge, una mujer del pueblo llamada Casta Alvarez, y una ilustre dama, doña María Consolación Azlor, condesa de Bureta, rivales todos en su ardiente patriotismo.

Otra rectificación cúmplenos hacer por último. Mr. Thiers da á entender que los franceses habrían tomado á Zaragoza á no recibir orden de replegarse á Tudela, lo cual es muy aventurado. Cuando recibieron los enemigos la primera orden de retirarse, todos ellos se holgaban mucho de poderse alejar de una ciudad que ya les era ominosa; enviáseles luego contraorden, y aunque continuaron los choques y los reencuentros era muy fácil conocer que los franceses estaban desanimados y que los nuestros habían cobrado con la noticia de la victoria de Bailén nuevo tesón y ardimiento. Recibieron por fin aquéllos la orden definitiva de retirarse el día 13, y les llegó muy oportunamente, porque aquel mismo día entró en Zaragoza la división de Valencia mandada por Saint-March, la cual tan impaciente se mostró por arrojar al combate, que á las seis de la tarde embistió desafortadamente al enemigo. Tuvo éste que apresurar la retirada, y lo hizo volando los restos del monasterio de Santa Engracia, reconcentrándose en su campamento del Torrero, preñando por la noche fuego á sus almacenes y edificios, clavando y echando en el canal la artillería gruesa y destruyendo muchos pertrechos de guerra.

Así terminó el primer sitio de Zaragoza, que costó á los franceses más de tres mil hombres y cerca de dos mil á los españoles. (N. del T.)

taró y Hostalrich sobre Gerona, con el propósito de apoderarse de esta última plaza, que era una de las más importantes de Cataluña y que los franceses habían malamente descuidado ocupar. Al llegar á Mataró se vió precisado á tomarla por asalto y entregarla al furor de los soldados, cada día más exasperados con la guerra de bárbaros (1) que se les hacía. De Mataró pasó á Gerona, que esperó sorprender y tomar de una escalada (2): ya sus granaderos, asistidos con sendas escalas, habían logrado subir al tope del muro é iban á penetrar en el recinto de la ciudad, cuando fueron rechazados por los habitantes, auxiliados por monjes y soldados. Falto de piezas de batir y desesperando poder entrar en la plaza á viva fuerza, regresó el general Duhesme á Barcelona teniendo que sostener en su marcha combates continuos y precisado á saquear ciudades para vengar los asesinatos cometidos en sus soldados. No le fué posible en esta incursión entenderse con el general Reille, que por su parte había avanzado hasta Figueras sin lograr pasar adelante. Todo lo que éste pudo hacer fué abastecer de nuevo el castillo de Figueras, ocupado por una pequeña guarnición francesa, y dejar en él depositados víveres y municiones en cantidad suficiente. Pero cuantas veces había intentado pasar de aquel punto se había visto asaltado de todas partes por atrevidos miqueletes que frustraban con su velocidad y su excelente puntería el arrojamiento de nuestros bisoños, poco acostumbrados á perseguir montañeses que pasaban su vida cazando gamos. De esta manera había el general Reille perdido mucha gente sin utilidad ninguna, é informado del regreso de Duhesme á Barcelona se había ceñido á guardar la frontera, esperando refuerzos y nuevas órdenes para volver á tomar la ofensiva.

Tal era nuestra situación en agosto de 1808 en esa España que tan precipitadamente habíamos invadido, y que tan fácil de conquistar se nos había figurado. Habíamos perdido el Mediodía, después de dejar en él prisionero uno de nuestros ejércitos. Al influjo de este desastre, habíamos abandonado á Madrid, interrumpido el asedio casi terminado de Zaragoza y retrocedido hasta el Ebro; y el único de nuestros cuerpos que no había evacuado la provincia cuya custodia le estaba encomendada, que era el de Cataluña, estaba encerrado en Barcelona, bloqueado por tierra por enjambres de miqueletes y por mar por la marina británica, que había acudido velozmente desde Gibraltar al rumor del levantamiento de España.

Quedaba en lo interior de la península un ejército francés cuya suerte podía fundadamente inspirar graves temores, y era el del general Junot, pacíficamente establecido en Portugal antes del sacudimiento terrible que tan hondamente acababa de conmover á la España toda. No había de él noticia alguna ni era posible dárselas por estar interceptadas todas las comunicaciones con la Andalucía y la Extremadura sublevadas al Mediodía y Galicia y León levantados en el Norte.

(1) Véase la nota anterior.

(N. del T.)

(2) Tanto confiaba en el éxito de esta empresa contra Gerona, que públicamente decía: *el 24 llego, el 25 la ataco, la tomo el 26 y el 27 la arraso*. Conciso como César en las palabras, dice el conde de Toreno, no se le asemejó en las obras. En efecto, puede ver el lector en la historia del citado conde la vergonzosa derrota que sufrieron allí el 26 de agosto los franceses, de cuyas resultas tuvieron que abandonar el sitio escarmentados.

(N. del T.)

Desde que estalló la insurrección del mes de mayo, fieles los españoles á su costumbre de cantar las victorias antes de conseguir las (3), no se habían descuidado de propagar en Portugal, por Galicia y Extremadura, las noticias más siniestras para el ejército francés. Las juntas escribieron á todos los cuerpos españoles instándoles á desertar en masa y á adherirse á la insurrección. El general Junot, informado en breve, aunque de una manera vaga, de lo que estaba pasando en España, había conocido la necesidad de adoptar serias precauciones contra las tropas españolas que le habían enviado para auxiliarse, y que lejos de serle útiles eran en el estado actual de las cosas su principal embarazo. Estaba cerca de Lisboa la división de Carrafa, de tres ó cuatro mil hombres, encargada de ayudarle á someter el Alentejo, y tomando por pretexto las circunstancias hizo que la envolviese de improviso una división francesa intimándole que depusiese las armas: así lo verificó en efecto llena de cólera, si bien algunos centenares de peones y jinetes lograron ponerse en cobro por el Alentejo hacia la Extremadura española, persiguiéndoles un regimiento de dragones franceses que dió alcance á unos cuantos. Los demás se refugiaron en la plaza de Badajoz.

Junot el general Junot en el Tajo varias naves insertibles, púsolas al ancla en medio del canal bajo los cañones de los fuertes, y en ellas á los soldados españoles desarmados, provistos de cuanto pudieran necesitar. Mientras esto pasaba en Lisboa con la división de Carrafa, la de Taranco, que reunía diez y seis batallones, y que no tenía fuerza francesa que la contuviese en Oporto, se sublevaba, hacia prisionero al general francés Quesnel con todo su estado mayor, y tomaba el camino de Galicia para reunirse con el general Blake apellidando á los portugueses á las armas. No era el deseo de pronunciarse lo que á éstos faltaba; porque los portugueses, aunque enemigos de sus vecinos, no son en realidad sino verdaderos españoles que aborrecen á sus connaturales: al aspecto de los franceses se habían reconocido como pertenecientes á esa raza de moros cristianos que puebla la península, llena de odio instintivo á todo lo extraño, y muy de grado se hubieran levantado; pero no osaban hacerlo á vista del ejército francés, y el excelente orden que Junot mantenía entre sus tropas hacía que esta sumisión les fuese menos dolorosa. Mas al saber el levantamiento de España, al oír que los españoles habían vencido á los franceses, concibieron naturalmente el deseo de seguir su ejemplo, y para provocar entre ellos una insurrección general bastaba la presencia de los ingleses, que eran á un tiempo sus antiguos aliados y sus tiranos.

Cruzaba en efecto en aquella sazón el almirante sir Carlos Cotton del Cabo de Finisterre al cabo de San Vicente; pero sólo se divisaban buques que se mantenían á larga distancia sin aportar, y esperábase con impaciencia algún convoy que condujese un ejército inglés. Lisboa, refrenada por el general Junot con el grueso de sus tropas, no podía aventurarse á un levantamiento, al paso que Oporto, que á la energía de las pasiones portuguesas juntaba el pesar de ver su puerto

(3) ¿Quién más práctico que el general francés Duhesme en esto de cantar las victorias antes de conseguir las? Véase en confirmación la nota anterior.

(N. del T.)

abandonado por los ingleses, estaba pronto á levantarse á la primera señal de la Inglaterra.

Conocía el bizarro general Junot toda la gravedad de semejante situación. El día mismo en que el general Dupont sucumbía, se cumplía el mes de no haber recibido noticia alguna de la Francia, pues por la mar, sujeta á los ingleses, no pasaba un solo navío, y la insurrección española por otra parte, abarcando todo el Portugal al Norte y al Mediodía, no consentía pasar un solo correo. El rumor del suceso de Bailén, transmitido por el entusiasmo español al odio portugués, cundió en Portugal con rapidez increíble causando una conmoción extraordinaria. La victoria de Ríoseco, por el contrario, aunque anterior con mucho al desastre de Bailén, aún no era sabida; porque la humana lengua se presta gustosa á propagar los hechos lisonjeros enmudeciendo para los otros. Sin embargo, este hecho afortunado iba á saberse pronto, y á servir de estímulo, como luego veremos, para nuestros soldados ya un tanto aguerridos, aunque bisoños, con su dificultosa marcha en Portugal, y ya de hermoso continente con el descanso, la reorganización, la instrucción y la aclimatación que se les había proporcionado. Habiendo entrado en número de veintitrés mil y agregándoseles luego otros tres mil, componían ahora, después de la desastrosa marcha del último otoño, unos veinticuatro mil, muy capaces de mantener el honor de las armas francesas antes de rendirse, si también ellos estaban destinados á sucumbir para expiar en toda la península el atentado de Bayona.

El general Junot, que se veía tan lejos de Francia, estrechado entre la insurrección española que se proclamaba vencedora, y el mar, que se presentaba cubierto de velas inglesas, no se hacía ilusiones sobre el peligro que le amenazaba; pero á fuer de entendido y valiente, estaba resuelto á granjearse con su conducta la aprobación de Napoleón. Celebró un consejo de guerra, compuesto de generales formados en la escuela de aquél, y las resoluciones en él adoptadas fueron en un todo conformes con los verdaderos principios de la guerra. Desgraciadamente si en teoría se reconocieron los verdaderos principios, en la aplicación no se siguieron con aquel vigor y aquella precisión que sólo sabía desplegar Napoleón. Abandonar todos los puntos accesorios que se estaban ocupando, reunirse en masa en Lisboa para sujetar la capital, y ponerse en disposición de repeler á la mar al primer destacamento de ingleses que desembarcase, era naturalmente el plan que todos habían de concebir y adoptar: resolvióse, pues, que se evacuaran los Algarbes, el Alentejo, la Beira y todas las comarcas donde hubiese tropas francesas, á excepción de las dos plazas de Almeida en el Norte y de Elvás en el Mediodía, y también de la posición de Setúbal y de Peniche en el litoral, y que se reconcentrasen todas las fuerzas entre Lisboa y Abrantes: resolución excelente, pero no muy completa, por cuanto en estos mismos puntos había que invertir cuatro ó cinco mil hombres de veinte ó veintidós mil que podían reputarse útiles, y contando los que necesitaba Lisboa, era muy posible que sólo quedasen de diez á doce mil combatientes disponibles contra un desembarco, cuando se necesitaban reservar por lo menos quince ó diez y ocho mil para una acción decisiva.

Teníamos bien cercano un aliado que hubiera podido prestarnos grandes servicios: tal era el almirante ruso Siniavin, con su escuadra montada por marineros, que aunque marinos de poca preza eran soldados excelentes. Si éste hubiera abrazado francamente la causa común, fácil le hubiera sido custodiar á Lisboa con su sola fuerza y hacer disponibles tres ó cuatro mil franceses más; pero fiel á la conducta aviesa que había empezado á seguir, continuaba obrando como ruso afecto á la Inglaterra, lleno de rencor contra la Francia y enteramente dispuesto á recibir con los brazos abiertos al enemigo. Sus contestaciones á todos los requerimientos que se le hacían pidiéndole auxilio eran indeterminadas ó denegatorias, á pesar de que por la posición que ocupaba en el Tajo estaba aún más obligado que el mismo Junot á defender su entrada. Grande aprieto era éste para el francés, que tenía que reprimir á una población hostil de trescientas mil almas, en la cual había veinte mil montañeses gallegos, que dedicados, como los saboyanos y los de la Auvernia en París, al oficio de mozos de esquina, mostraban disposiciones muy poco favorables. Sin embargo, como en Lisboa estaba el núcleo principal del ejército francés, Junot se prometía con los depósitos, los enfermos y los encargados de la conservación del material, poder contrarrestar la mala voluntad de la capital. Mandó al general Loison que saliese de Almeida con su división, y al general Kéllermann que saliese de Elvás con la suya, pero dejando una guarnición en ambas plazas; y era su proyecto, una vez recogidas estas dos divisiones, tener una masa siempre dispuesta á operar en el litoral contra el ejército inglés cuyo desembarco se anunciaba como cercano.

Ya la insurrección, aunque no había estallado, fermentaba sordamente en Portugal, y era casi imposible conseguir que penetrase un correo. No obstante fueron tantos los mensajeros enviados al general Kéllermann, y principalmente al general Loison, menos accesible aún que Kéllermann por lo muy distante que estaba la provincia de su mando, que tanto uno como otro recibieron á tiempo el aviso. Ya en el momento de partir estaba el general Loison rodeado de insurgentes que había contagiado la insurrección española: los curas, no menos fervorosos en Portugal que en España, se habían puesto á acaudillar á los paisanos, y defendían todos los pasos haciendo la guerra según era entonces costumbre en toda la familia, esto es, obstruyendo con barreras los accesos de los pueblos, ocultando los víveres y degollando á los enfermos, á los heridos y á los rezagados. Pero el general Loison no cedía en vigor á ningún oficial de su tiempo: dejó en los fuertes de Almeida de mil cuatrocientos á mil quinientos hombres, los menos capaces de arrostrar las fatigas de una larga travesía, los proveyó de víveres y municiones, emprendió su marcha con tres mil hombres resueltos á atravesar todo el Norte de Portugal por Almeida, la Guarda, Abrantes y Lisboa. Muchas veces tuvo que abrirse paso por entre las fuerzas insurgentes y que escarmentarlas duramente; pero supo hacerse respetar en todo el camino y proporcionarse medios de subsistir, y llegó por fin á Abrantes sin haber perdido más que doscientos hombres en aquella penosísima y peligrosa marcha.

El general Kéllermann salió de Elvás con igual felicidad. Ya los Algarbes y el Alentejo habían empezado

á conmoverse al rumor del levantamiento de Andalucía y Extremadura. Envió Kéllermann destacamentos en diversos sentidos, principalmente á Bego, donde hizo un severo escarmiento; logró refrenar á los sediciosos, y después dejó en Elvás, como el general Loísón en Almeida, toda la gente poco capaz de arrostrar los sofocantes calores de julio y regresó sin tropiezos á Lisboa por la izquierda del Tajo. Con estas operaciones no quedaban ya tropas francesas más que en Almeida, Elvás, Setúbal, Peniche, Lisboa y sus aledaños.

De todas partes en efecto se anunciaba como segura la llegada de un ejército británico, procedente según unos de Gibraltar y de Sicilia, y según otros de Irlanda y del Báltico. El almirante sir Carlos Cotton había repetidas veces aportado á la costa entablado pláticas ya en la embocadura del Tajo, ya en la del Duero, y prometiendo doquiera un desembarco cercano. Llegó al mismo tiempo la noticia del desastre sufrido por el general Dupont, que fué para todos los ánimos un nuevo estímulo, y con la rapidez del rayo se puso en conflagración desde el Miño hasta los Algarbes el Portugal entero, que hasta entonces sólo se había sublevado parcialmente.

En Oporto fué donde primero se declaró el incendio, con ocasión de estarse haciendo un acopio de pan para un destacamento de tropas francesas. Sublevóse el pueblo al verlo, se apoderó de los carros, los vació, y en un instante se armó toda la ciudad. Púsose el obispo á la cabeza de la insurrección, y se izó en todas partes la bandera portuguesa á los gritos de *viva el príncipe regente!* Cundió la llama de la insurrección á las provincias, amagó comunicarse á la misma Lisboa, atravesó el Tajo, derramóse por el Alentejo y se incorporó al fuego que por segunda vez se había encendido hacia Elvás por el contacto con Extremadura. En Oporto se habían abierto comunicaciones no menos declaradas con los españoles. Un cuerpo de éstos, compuesto de tropas regulares, se adelantó desde Badajoz hasta Évora para servir de apoyo á la insurrección portuguesa.

Junot, que era de carácter vivo y emprendedor, cedió desgraciadamente al deseo de reprimir la insurrección doquiera que estallase. Hizo salir al general Loísón con su división para dispersar á los sublevados de Alentejo que andaban por los contornos de Évora; dirigió al general Margarón con caballería contra un destacamento que venía de Coimbra hacia Lisboa; sin embargo, mucho mejor hubiera sido en aquella estación abrasadora que mantuviese sus tropas descansadas y quietas en torno de Lisboa, en vez de disminuir su fuerza con escaramuzas y fatigas reprimiendo sediciones, tan fáciles de dominar con sólo presentarnos como prontas á renacer una vez ausentes.

Bastó al general Margarón presentarse con su caballería para dispersar y acuchillar á los sublevados reunidos hacia la parte de Coimbra, que no pasaban de algunos cientos. Por lo que hace al general Loísón, tuvo que atravesar todo el Alentejo para poder encontrar á los insurgentes de esta provincia, reunidos cerca de Évora y apoyados por un cuerpo de tropas españolas. Después de una marcha dificultosa y cansada, llegó á vista de Évora y halló á los españoles y á los portugueses formados en batalla. Los embistió por el flanco, los arro-

lló, les quitó la artillería y mató á muchos de ellos. Habándole cerrado Évora sus puertas tuvo que escalar el muro, la entró y la entregó al saqueo. En pocos días quedaron ahuyentados los españoles, y volvieron los portugueses á la más completa sumisión. Nuestros soldados habían recogido considerable botín, pero estaban rendidos y tenían que retroceder hacia Lisboa con un calor inaguantable.

Entretanto se presentaban los ingleses tantas veces anunciados. Desde el levantamiento de Asturias y el viaje á Londres de los dos diputados enviados á notificar la insurrección de España, había conocido el gobierno inglés la excelente é imprevista ocasión que se le presentaba de aumentar nuestros apuros y de fomentar contra nosotros las más tenaces resistencias. Como era natural, había resuelto el ministerio Canning-Castlereagh dirigir todos los esfuerzos hacia la península y suscitarlos en ella, aunque en mayores proporciones y de una manera mucho más estable, los mismos obstáculos que momentáneamente nos había suscitado en las Calabrias. Despacháronse en consecuencia órdenes á todas las fuerzas británicas de mar y tierra diseminadas por el Mediterráneo, el golfo de Gascuña, el Canal de la Mancha y el Báltico para que concurriesen á este único objeto, y al punto se enviaron hacia las costas de España y Portugal cargamentos de armas y de dinero. Todas las tropas cuya organización había motivado la expedición de Boloña, y parte de las cuales acababan de adquirir renombre en Copenhague, se destinaron á operar en el nuevo campo de batalla. Era en efecto imposible brindar á la Inglaterra con otro más á propósito y más cómodo para ella. Con viento favorable se podía ir en cuatro días desde las costas de Inglaterra al Cabo de Finisterre, ó á las bahías de la Coruña y de Vigo, ó á las desembocaduras del Duero y del Tajo. La inmensa marina inglesa, que estaba siempre cruzando por delante de aquellas costas, podía fácilmente abastecer á un ejército de víveres y municiones, al paso que otro ejército enemigo tenía que sufrir las mayores privaciones en un país medio salvaje y falto de caminos. Los batallones británicos, macizos y pesados, al desembarcar en los numerosos golfos de la península tomaban tierra en puntos perfectamente atrincherados, avanzaban con resolución cuando se lograba alguna victoria y retrocedían velozmente si se padecía algún descalabro para guardarse en el mar que era su asilo, su apoyo, su depósito de víveres y municiones; unas veces sosteniendo en la ofensiva á los ágiles españoles contra el impetuoso choque de los ejércitos franceses, otras dejándolos en las retiradas librar como pudieran, bien dispersándose ó bien sometiendo momentáneamente; repitiendo finalmente esta maniobra sin cesar hasta que el poderío francés sucumbiese al cansancio: así era como iban á hacer los batallones británicos el único género de guerra que les convenía y que podía salirles bien en el continente.

Dictáronse todas las órdenes para una grande expedición con extrema prontitud. Cinco mil hombres á las órdenes del general Spéncer, trasladados de Egipto á Sicilia y llevados después á Gibraltar, pasaron de este punto á Cádiz, donde los españoles, escrupulizando el recibirlos, aplazaron la aceptación de sus servicios. Negándose los de Cádiz á admitirlos, fueron á desembarcar á las bocas del Guadiana, en tierra de Portugal, es-

perando la ocasión favorable de operar. En Cork de Irlanda había diez mil hombres; fueron inmediatamente embarcados en una escuadrilla escoltada por varios navíos de línea, y dióseles por jefe á sir Arturo Wellesley, oficial que se había ya distinguido en la India, que acababa de prestar señalados servicios al general Cathcart delante de Copenhague y que se hizo después célebre, tanto por su buena suerte como por sus grandes cualidades militares, con el título de duque de Wellington. Llevaba instrucciones de dar la vela hacia la Coruña, de ofrecer á los españoles en Asturias y Galicia la cooperación de las fuerzas inglesas, y por último de molestar á los franceses siempre y cuando le fuese posible. El general Spéncer tenía encargo de ponerse á sus órdenes al punto que fuese requerido, de modo que iba á reunir sir Arturo Wellesley quince mil hombres. Pero estas tropas no eran más que una parte de las que se habían destinado á la península. En Ramsgate y en Harwich había otros cinco mil hombres con los generales Anstrúther y Ackland, y dirigíanse ya varios buques de transporte á estos puertos para conducirlos á Wellesley. Merced á la aproximación de los lugares y á los muchos medios de que disponía la marina inglesa, el reunir todas estas fuerzas en un solo punto era operación de diez ó doce días. Por último sir John Moore, que volvía del Báltico con once mil hombres de varios cuerpos, debía encaminarse en breve hacia el punto que los generales ingleses designasen en las costas de la península para verificar una concentración general.

Una vez reunida esta fuerza de treinta mil hombres próximamente, se juzgó imprudentelarla toda á sir Arturo Wellesley, á quien se consideraba como demasiado joven todavía y de muy reciente renombre para mandar un ejército que podía pasar á los ojos de los ingleses por muy considerable; por lo cual se confirió el mando superior á sir Hew Darlymple, actual gobernador de Gibraltar, que debía estar asistido por sir Enrique Burrard como jefe de estado mayor. Mientras se reunían todas estas tropas y llegaba sir Hew Darlymple, debía Wellesley dirigir las primeras operaciones á la cabeza de los diez mil hombres procedentes de Cork y de los cinco mil desembarcados en la ribera de los Algarbes. El almirante sir Carlos Cotton, que comandaba las fuerzas navales de Inglaterra en aquellos mares, tenía encargo de favorecer todos los movimientos de los ejércitos.

Embarcadas que fueron el 12 de julio, llegaron las tropas inglesas de Cork el 20 delante de la Coruña, poniendo á vista de los españoles regocijados una inmensa escuadrilla. El aspecto de aquella considerable fuerza, presagio de otras muchas, los consoló un tanto de la derrota de los generales Blake y Cuesta en Ríoseco, y les inspiró nuevas y grandes esperanzas sobre la lucha trabada con Napoleón. Sin embargo, lo mismo que los andaluces, se negaron á recibir las tropas inglesas en su suelo, sobre todo teniendo el arsenal del Ferrol tan cerca. Aceptaron solamente gran cantidad de armas y quinientas mil libras esterlinas en dinero, y comprometieron á los ingleses á volver sus fuerzas hacia Portugal, que tanto como España importaba quitar á los franceses.

Trasladóse al punto sir Arturo Wellesley á Oporto, donde fué recibido con el mayor alborozo, porque el comercio portugués, sostenido por sus relaciones con los ingleses, reconocía á su aspecto sus propios intere-

ses tan halagados como sus pasiones. Desde aquel instante se dirigió decididamente hacia Portugal la acción del gobierno británico. Esta resolución era muy conveniente á los españoles, siempre recelosos con los extranjeros, y también á los ingleses que debían desear ante todo la emancipación del Portugal, y era útil en igual grado á la causa común, porque el objeto de la nueva coalición era echar á los franceses de toda la península. Faltaba saber qué parte del Portugal se elegiría para aportar á la vista del ejército francés sin exponerse al riesgo de ser repelidos á la mar de golpe.

Dejó sir Arturo Wellesley que su convoy cruzase de las bocas del Duero á las del Tajo, y pasó en persona á avistarse con sir Carlos Cotton delante del mismo Tajo para concertarse sobre el plan de desembarco. El saltar en tierra á la entrada del Tajo ofrecía la ventaja de desembarcar muy cerca del punto deseado, puesto que Lisboa sólo dista de allí dos leguas; y se podía además comunicar tal impulso á la numerosa población de esta capital, que los franceses no pudiesen contrastar la conmoción siendo sólo unos quince mil contados los enfermos, para trescientos mil habitantes todos enemigos. En efecto, si esta población se levantaba á la sazón de acudir un ejército inglés en su auxilio, quizás podía decidirse la cuestión en una sola jornada. Pero los franceses ocupaban todos los puntos fortificados: habían tomado la costumbre de dominar al pueblo de Lisboa; la costa á ambos lados de la desembocadura del Tajo se presenta inaccesible y expuesta á la resaca de la mar, y un cambio de tiempo podía entregar á los franceses parte del ejército inglés antes que el resto acabase de desembarcar. Por otra parte no era prudente tomar tierra tan cerca de un adversario formidable y poderoso á quien aún no había costumbre de hacer frente y combatir.

Por todas estas consideraciones resolvió sir Arturo Wellesley, de acuerdo con sir Carlos Cotton, desembarcar entre Oporto y Lisboa en la bahía de Mondego, cerca de una bahía bastante cómoda que domina el fuerte de Figuera, no ocupado por los franceses. La elección de este punto, situado á cierta distancia de Lisboa, daba tiempo á sir Arturo Wellesley para tomar tierra antes que pudieran los franceses salirle al encuentro, esperar al cuerpo del general Spéncer que había mandado se le reuniese, y una vez ocupada la tierra de Portugal con quince mil hombres, avanzar sobre Lisboa siguiendo la costa para aprovechar las ocasiones que le deparase la fortuna. Los franceses, cuya fuerza le constaba no pasar de veinte ó veintidós mil hombres, tenían que custodiar muchas plazas, especialmente la capital, y no podían marchar contra él con más de diez ó doce mil combatientes; y siguiendo siempre la ribera del mar, bien para proporcionarse víveres ó bien para poderse embarcar en caso de necesidad, tenía la probabilidad de aproximarse á Lisboa y de poder intentar algún golpe de mano afortunado sin exponerse mucho. Sabedor de que sir Hew Darlymple acababa de ser llamado á substituirle, estaba impaciente por llevar á cabo alguna hazaña ruidosa antes de someterse á un mando superior. Eran estas resoluciones sumamente acertadas y revelaban en el general inglés las cualidades que tanto brillaron en su carrera posteriormente, á saber, el juicio y la firmeza, que son las más envidiables después del genio.

Empezó á desembarcar el 1.º de agosto en la bahía